

Un pintor de Yurre en Venezuela: Patxi Azcuenaga

Deia, 1982-04-18.

Yurre (Igorre, en su primitivo nombre)¹ es un municipio del Valle de Arratia de unos dos mil habitantes dedicados en gran parte al campo. En uno de sus caseríos, el de Uribastarra, en el barrio Loiate, nació, hace cuarenta y ocho años, Patxi Azcuenaga Aldape.

Quien se prepara para exponer su trabajo como pintor en Caracas.

No lo traigo aquí de este reciente viaje porque le considere el mejor pintor vasco en Venezuela. Hay profesionales como Bizcarret (ya cegado por la luz), Otaño y Erentxun (de regreso del deslumbramiento tropical), Vicente Arnoriaga, Eusebio Azpiazu y Koldo Garmendia, ya conocidos y cotizados, sino como fruto de la sorpresa que me ha producido este otro compatriota que pinta con esa su fuerza contenida y reservada, a lo vasco, y que me ha llamado particularmente la atención porque resulta un exponente de los muchos vascos que no han podido realizarse en su patria por falta de un medio cultural de cierto rigor universitario que apenas comenzamos a darnos los vascos ahora, muy dificultosamente.

Y que está llamado a producir frutos importantes en el campo educacional, cultural y artístico de Euskadi.

Pero para limitarnos al viejo ejemplo de la limitación en que ha vivido el vasco hasta ahora, traigo el ejemplo de uno que ha encontrado en América el estímulo que ha revelado una vocación, la de Patxi Azcuenaga.

Es el último de los nueve hijos que tuvieron Gregori Aldape, de Dima, y Lontzi Azcuenaga, del mismo caserío Uribastarra en que nacieron sus hijos y donde había trabajo para todos. Así, Patxi tuvo que faltar muchas veces a las clases que recibía de los Marianistas que tenían un colegio en el barrio San Cristóbal, cerca de la iglesia, porque la ruda escuela del caserío absorbía el tiempo y sus fuerzas en las épocas de agobio, que eran muchas; para disgusto de Patxi, quien dotado especialmente para las matemáticas y el dibujo, demostraba un espíritu de superación escolar que llamaba la atención de sus maestros. Así, los modelos de dibujo que estos proponían a sus alumnos eran los que realizaba este muchacho no muy alto, pero fornido, endurecido en los trabajos del campo y con un carácter disciplinado que se expresaba con ese rigor de hacer bien las cosas que denotaban sus tareas escolares.

En cuanto se acabó la primaria (y la de los hijos de caserío se terminaba muy pronto) el menor de los Azcuenaga Aldape pasó a compartir las labores en Uribastarra con los de marmolista en Amorebieta (Zornotza).

¹ En la organización foral vasca era una de las ocho anteiglesias del valle de Arratia, en Vizcaya, con Aránzazu, Castillo-Elejabeitia, Ceánuri, Dima, Olabarrieta o Ceberio y Ubidea; luego se le sumó la de Bedia, con Lemona, y juntas tenían un alcalde de Fuero.

Hasta que reparó en la ventana al nuevo mundo que le abrió una hermana suya, Feli, casada en Venezuela, y los veintidós años de Patxi embarcaron llenos de ilusión el año 1955; su hermana no le habla de arte, claro, sino de "negocios", hacia los que el joven se abrió tan pronto llegó y comenzó a trabajar con la misma aplicación con que había ordeñado antes sus vacas, había resuelto una regla de tres en la escuela y había trabajado el mármol en Zornotza.

Esta última experiencia la aplicó con toda naturalidad a la construcción, primero como albañil, luego constructor por su cuenta. Pasaron 17 años dedicados al trabajo difícil de adaptarse al nuevo medio y al nuevo oficio que fue exigiendo iniciativa, resolución y responsabilidad también nuevas, y durante la larga prueba pasó por la de no poder asistir a sus padres cuando se fueron terminando sus edificantes caminos campesinos en Yurre; pero con la recompensa del éxito que produjeron, por fin, los meticulosos trabajos de construcción que le dictaban sus sentidos de responsabilidad artesanal y su sensibilidad artística.

Hasta el punto que ya no podía con tanto encargo de levantar villas y edificios.

Cualquiera puede decir que es un aldeano más que triunfa en América.

Y, sin embargo, el triunfo que nos importa aquí no es el económico, porque la victoria económica, además de ser frecuente, viene generalmente envuelta en virtudes que yo no valoro demasiado; sí nos resulta valioso este triunfo es por el uso que ha hecho y está haciendo de los medios que le ha procurado su trabajo de constructor; el secreto con que dedica desde hace años un tiempo callado, reservado, a la pintura, su vieja afición y enfrentada hoy como ayer a un sentido de responsabilidad que le hace viajar para visitar las muestras más calificadas de Florencia, de Washington, de París, de Madrid, y también de Bilbao, donde halla una inspiración más próxima.

Además de la atención con que sigue el desarrollo de la pintura en Caracas; en estos días visitando las dos hermosas series de Jacobo Borges dedicadas a La Comunión y La Boda.

Así, fruto de esta extracción campesina vasca, su capacidad de trabajo y su sensibilidad, una vocación entusiasta a la que ha puesto Patxi Azcuenaga Aldape una cierta sordina de vasco sobrio y cauto, son la cincuentena de cuadros que guarda de la mirada de todos, excepto de Bego (Begoña) su mujer, incluso de sus amigos más íntimos, y a los que, sin embargo, he tenido el privilegio de acceder, no sin las reservas de un recato propio del noveno hijo de los Azcuenaga (Lontzi) Aldape (Gregori) en Uribastarra a los que ha pintado un retrato juntos y en el que ha depositado la ternura, la dedicación y el arte con los que el hijo se esfuerza en recuperar el momento que no tuvo para cerrarles los ojos cuando llegaron al final de su camino en Yurre, en Loiate, en Uribastarra.